CAPÍTULO XII

San Nicolás verdadero ermitaño de San Agustín.—Confiéresele el oficio de limosnero.—Fuente milagrosa.—Doble maravilla.—Berardo Apillaterra.—Humildad del Santo.—Predicción realizada.—Ternura de Nicolás para con la familia Apillaterra.—Varios milagros.—¿Por qué viene usted á mí? ¿No sabe usted que yo soy un gran pecador?—«Es necesario que yo vaya á Vísperas.»

Nicolás de Tolentino, tan compasivo y tan bueno para todos los que reclamaban su intercesión cerca de Dios, no estaba menos lleno de ternura y de caridad para aquellos que una misma vocación había hecho sus hermanos, hijos como él del gran Patriarca Agustín, mostrándose constante y heroicamente dulce, generoso y dispuesto á sacrificarse en obsequio de aquellos religiosos que vivían con él en el monasterio. El era, dice el Beato Alberto de Sajonia, un espejo de caridad fraterna. Su amor hacia los otros religiosos, dice San Antonino, le hacía considerar como mucho lo poco que él tenía, y como una escasez la

abundancia de los otros (1). Conforme con la regla de su glorioso Padre, él no buscaba jamás lo que pudiese redundar en su provecho propio, sino lo que pudiese dar gloria á Jesucristo; no anteponía las cosas propias á las comunes, sino las comunes á las propias (2).

Severo para sí mismo, quería que los otros estuviesen siempre bien atendidos y provistos de toda la ropa que se juzgaba necesaria. Cuando era, pues, llamado á servir á sus hermanos, lo hacía con una alegría y una amabilidad extrema; no buscando jamás el ser reemplazado en el cargo, sino procurando hacer todos los esfuerzos posibles para serles agradable y satisfacer sus necesidades, proveyéndoles de ropa y alimentos (3).

Tenía Nicolás horror á la carne, y no la probó jamás; pero quería que los religiosos tomasen todo lo que les proporcionaba la caridad de los bienhechores del monasterio, multiplicando los cuidados y demostraciones de ternura para aquellos á quienes la predi-

---

(1) Beato Jordán de Sajonia. *Vitæ Fratrum.* San Antonino. *In vita.*

(2) Charitas enim de qua scriptum est quod non quærit quæ sua sunt, sic intelligitur, quia communia propriis, non propria communibus anteponit. S. P. Augustinus, in Regula, cap. VIII, núm. 3.

(3) Licet ipse F. Nicolaus esset magnæ abstinentiæ, gaudebat quando Prior consolabat fratres dando eis... pluries rogavit Priorem..., et recommendabat fratres qui tam laborabat. *Proceso.*

cación, las confesiones ó cualesquiera otras obras de caridad fatigaban demasiado. Alegrábase de servirlos y de verlos estimados de los superiores, no conociendo límite su caridad fraterna. Así, cuando el prior del convento, viendo que la popularidad de Nicolás crecía más y más, le confió el oficio de limosnero, aceptólo éste con alegría y miró como una gracia el ir á pedir á los fieles el pan necesario para sus hermanos. Era esto á fines del siglo XIII, y las Ordenes religiosas, á consecuencia de las guerras civiles y de los desórdenes de que ya hicimos mención, se encontraban reducidas á una extrema pobreza. Cuando nuestro Santo volvía de sus pesadas y fatigosas demandas, no se quejaba de su cansancio, sino que, con un semblante radiante de alegría, íbase á enseñar á los religiosos el pan que había recogido y á invitarlos á dar gracias á Dios, diciendo: «Tomad, comed y pedid á Dios por los que nos han hecho esta caridad. Apenas tenían algunos pan para sí mismos, y han querido, sin embargo, hacer limosna á los siervos de Cristo» (1).

Los historiadores de Nicolás han conser-

(1) Tomad, comed y rogad por los que nos han hecho la limosna, entre los cuales hay algunos que tienen poco pan para sí mismos. Anónimo, capítulo XVIII, pág. 49. *Proceso.*

vado algunos acontecimientos tiernos y milagrosos de esta caridad del bienaventurado hijo de Agustín para con los religiosos de su Orden. He aquí uno, en comprobación de esto. Hallábase el convento de Tolentino completamente falto de agua, lo cual era un grave obstáculo y una fuente de dificultades, así para el cocinero como para los demás hermanos legos encargados de la limpieza de la casa. Ofrecióse Nicolás á buscar el dinero necesario para hacer abrir un pozo, y, lleno de confianza en la Providencia, interesó en su proyecto á generosos cristianos, cuyas abundantes limosnas le permitiesen dar principio á la obra. Mandóse buscar un maestro peritísimo en la materia, llamado Juan Genovés, que indicase el lugar donde podría hallarse agua. Un sábado del mes de Mayo de 1302 vino el dicho maestro con sus obreros; mas, después de haber cavado y practicado reconocimientos por diversos puntos sin poder conseguir agua, acabó por persuadirse de que era imposible, y que debía, por tanto, renunciarse á toda tentativa.

Mientras que Juan Genovés deliberaba con sus obreros, que también participaban de su desconfianza, vino á pasar por allí el Santo, dirigiéndose á la iglesia. Al ver la tristeza retratada en los semblantes de todos, detúvose allí y dirigió á Dios la siguiente oración, lle-

na de fe: «Padre mío, que estás en los Cielos, ¡oh Criador mío!, concededme la gracia de una señal por la que sea hallada agua en este lugar elegido para abrir un pozo, á fin de que las limosnas dadas para este objeto no sean perdidas» (1).

Oyó el Señor, como siempre, la súplica de su humilde y confiado Siervo, y concedióle inmediatamente más de lo que él había pedido; pues, tomando el Santo una caña y clavándola en el lugar en que se deseaba brotase la fuente, vióse saltar un agua clara y limpia, que parecía salir de la misma caña. Esta fuente milagrosa sigue todavía manando en Tolentino, después de seis siglos (2). Los albañiles, admirados de esta maravilla, pusiéronse en seguida á cavar alrededor del agua, con objeto de hacer un gran depósito; mas tan imprudente fué su entusiasmo, que levantaron al mismo tiempo gran cantidad de tierra que sostenía los cimientos de la pared principal de la iglesia. Estando en esta faena oyóse de repente un crujido, inclinóse la pared, y toda la capilla pareció á punto de ve-

(1) Pater mi de cælis, Creator mi, fac in gratiam et signum ut aqua inveniatur in loco isto designato pro puteo faciendo, ne eleemossyna data ad hoc opus perdatur. *Proceso.*

(2) Statim apparuit in capite arundinis... aqua exurgens sicut vena aquæ, et puteus ibi factus est et est valde bonus. *Proceso.*

nirse á tierra. Los obreros, espantados, huyeron en todas direcciones; mas Nicolás arrodillóse llorando, y exclamó con una fe viva y confiada: «Señor mío Jesucristo, ayudadme. Que no se derrumbe esta iglesia, pues de otro modo todos seremos destruídos y vituperados» (1). Tuvo todavía esta plegaria una eficacia tan pronta como maravillosa. La pared inclinada permaneció inmóvil en los aires, y dió á los albañiles todo el tiempo necesario para colocar en ella vigas y puntales, á fin de preservar la iglesia y el claustro y de poder repararlos inmediatamente (2).

En memoria de este hecho prodigioso, grabaron alrededor del pozo la inscripción siguiente: «Esta fuente sobresale por un doble milagro. El agua saludable, que ninguna diligencia pudo encontrar, brotó por las oraciones y lágrimas de San Nicolás. Por su oración igualmente, la pared del templo, que comenzaba á caerse á causa de la excavación del pozo, permaneció inmóvil» (3).

(1) Domine Jesucriste, adjuva me ne ista ecclesia destruatur, etenim essemus omnes destructi et vituperati. *Proceso.*

(2) Et dicto Nicolao orante... ruina Ecclesiæ cessavit. *Proceso.*

(3) Fons hic duplici fulget miraculo:
Quæ nulla arte inveniri poterat, unda salubris
Pii Nicolai lachrymis ac orationibus effluxit;
Stetit, eodem orante, templi paries,
Qui in effodiendo puteo jam ruere cæperat.

La gran caridad de nuestro Santo no se limitó á su monasterio ni á sus hermanos en religión; extendióse también á los pobres que habitaban en Tolentino, y á quienes su cargo de limosnero le permitía consolar más fácilmente. Las desgracias de los tiempos habían completamente arruinado á muchas familias nobles, y muy profundas miserias se ocultaban en el silencio, no pudiendo aquéllas decidirse á tender la mano y descubrir su indigencia. Muy pronto conoció Nicolás á estos pobres vergonzantes, y respetando este justificado pudor, que con frecuencia es el del honor y el de un nombre glorioso en otro tiempo, les hacía llegarse en secreto, según los deseos de los mismos, á recibir los socorros que recogía de la generosidad de los ricos. Estos, que conocían la caridad sin límites del religioso agustino, no se atrevían á negarle cosa alguna y depositaban en sus manos cuantiosas limosnas. Haciendo éstas tanto más generosamente, cuanto que Nicolás sabía agradecer con favores señalados los socorros que ellos concedían á sus pobres, como si él hubiera sido constituído banquero de Dios (1).

(1) Ad pauperes et miserabiles accedebat etiam si non vocatus, et monebat divites ad præbendum eleemosynas pauperibus, maxime illis qui ostiatim petere verebantur.

El reconocimiento de los ricos, harto felices en conseguir del Santo gracias milagrosas, fué el origen de las relaciones íntimas y todas según Dios, de que vamos á hablar ahora. Así fué cómo, por el doble motivo de la limosna y del agradecimiento, estableciose entre Nicolás de Tolentino y Berardo Apillaterra una de esas amistades santas que el Cielo bendice y que se conservan hasta la muerte en toda su fuerza é intimidad. Complácese, en verdad, nuestro corazón al ver á un hombre de mundo descubriendo á un religioso con la más respetuosa confianza todas sus penas domésticas, y á éste consolarlo como á verdadero amigo, poniendo á Dios de por medio en sus afecciones recíprocas.

Padre desgraciado Berardo, no conseguía sacar adelante á uno siquiera de sus niños, los cuales todos morían casi inmediatamente después de haber nacido, causando esto en él, como es natural, una profunda pena. Cuando su primogénito vino al mundo, parecía ya privado de la vida; mas, habiendo creído percibirse que removía un poco los labios, se le administró inmediatamente el santo bautismo. Después de haber recibido este sacramento de regeneración, el niño quedó sin movimiento. Visto esto por su madre Margarita, entregóse á la más profunda amargura, y exclamó inconsolable: «¡Oh qué desgraciada

soy! Mi hijo no se habrá salvado, pues que no ha sido seguramente regenerado por el sacramento» (1). Dispúsose en seguida que se enterrase el cadáver, al cual sus padres pensaban depositar en una fosa abierta en la casa, por creerlo indigno de ser colocado entre los cuerpos de los fieles bautizados. Mas, habiéndolo oído Nicolás, mandó, sin perder tiempo, un mensajero á su madre diciéndole que debía enterrar á su hijo en la iglesia; lo cual observó Margarita puntualmente.

No tardó mucho el Santo en venir á consolar á estos desgraciados padres, sobre todo á la madre, que no cesaba de llorar: «Sabe, le dijo, que esta noche se me ha aparecido tu hijo, apretándose contra mí y no queriendo dejarse tocar por el demonio. Consuélate, pues, y que jamás te turben los juicios de Dios. Más vale haber engendrado un niño para el Cielo, que para este miserable mundo» (2). Y acto seguido, como si su cariño á sus amigos le hubiera llevado demasiado lejos, añadió, dirigiéndose siempre á Margarita: «Todas estas cosas de la gracia divina, que tú ves en mí por la voluntad del Señor,

(1) Beato Jordán de Sajonia, Vitæ Fratrum.
(2) Scias, quod in hac nocte apparuit anima filii tui in manibus meis et illa anima videbatur se stringere ad me, non permittendo se tangi a diabolo. *Proceso.*

no seas tan audaz que vayas á referirlas absolutamente á nadie, mientras yo viva» (1).

Sin embargo, la pobre madre no se había consolado por completo de sus angustias y dolores. Dios, que sin duda quería probarla, por un secreto de su Providencia, en aquello en que más ella temía, no permitió fuese más feliz en sus otros hijos. Tanta fué su pena en la muerte de su primogénito, que cayó en una languidez y en una tristeza mortales, que cada día había ido aumentando, por la circunstancia de que los otros niños que había tenido en siete años habían también muerto antes de nacer, ó no habían vivido más que lo necesario para recibir el bautismo. Cierto día, transida de amargura, tomó ocasión de sus temores para venir á hablar al santo religioso, que tan compasivo se mostraba para con ella. «Llevo otro niño en mi seno, le dijo, el cual muy pronto deberé dar á luz, y mi aflicción no tiene límites al considerar que seré herida con la misma desgracia».

Nicolás, después de haberla consolado lo mejor que pudo con palabras de esperanza y de resignación, prometióle rogar por ella, como en efecto lo hizo por algunos días; pasados los cuales, vino á encontrarla, dicien-

(1) Mandavit mulieri, ut nemini diceret visionem donec vixerit. *Proceso.*

do: «Ten confianza ¡oh Margarita! en el Señor; no dudes, pues, y calma tu amargura. Pronto tendrás una hija que vivirá largos años, y que me traerá frecuentemente algún alimento de tu parte. Por la confianza que en Dios tengo creo que, en lo sucesivo, todos tus hijos y tus hijas nacerán en perfecta salud» (1). La predicción tuvo el más exacto cumplimiento. Esta madre tan desgraciada tuvo en lo sucesivo varios otros hijos, que vivieron todos y la consolaron de las primeras amarguras de su corazón maternal. A partir de esta fecha, Nicolás pareció haber sido constituído protector especial y ángel guardián de los hijos cuyo feliz nacimiento había anunciado, y en favor de los cuales hizo muchos milagros, que deben mover á las madres de familia á invocarle en sus aflicciones con ilimitada confianza.

La primer hija de Berardo y de Margarita fué llamada Berardesca. En el decurso de esta historia la veremos llevar frecuentemente al Santo, hallándose enfermo, harina de maíz desleída en agua.

Su hermana Francisca, siendo todavía niña, fué acometida de un tumor grandísimo en la

(1) Non dubites quia tu facies unam filiam quæ vivet magno tempore et ipsa portabit mihi ad comedendum ex parte tua; post hæc... sic factum fuit quod prædixit dictus Nicolaus. *Proceso.*

garganta, de modo que los médicos quisieron hacerle una peligrosa operación. Nicolás, que se encontraba enfermo en cama, súpolo por inspiración del Cielo, y, llamando á su celda á dos religiosos, les dijo: «Os pido que vayáis á hacer una visita á Doña Margarita, que tantos servicios me ha prestado y presta. La enfermedad de su hija le causa un gran dolor; consoladla, pues, de mi parte». Obedecieron los religiosos y volvieron después á dar al Santo cuenta de su misión de caridad. ¡Oh desgracia! La pobre madre les había parecido inconsolable, y la niña estaba á punto de sufrir la operación. «Volved, hermanos míos, les replicó Nicolás, volved y decid á Margarita que, si yo pudiese, yo iría sin falta á visitarla; pero que me es imposible dar un paso. Que venga aquí ella misma y que traiga á su hija, que no permitiré yo que sea tocada por el hierro».

Apenas esta desolada madre tuvo noticia del deseo del Bienaventurado, poniendo á Francisca sobre los brazos de su criada Esperia, se apresuró á correr al monasterio con su preciosa carga. Llegado que hubo á la presencia del protector de su familia, exclamó Margarita con sencilla confianza: «Yo espero que por vuestro valimiento será sana mi hija. — Callad, exclamó Nicolás, siempre humilde; no tengáis el atrevimiento de decir

tales cosas de mí». Pensando después en la niña enferma, y mirándola bondadosamente, añadió, con cierta mezcla sencilla y graciosa de poder sobrenatural y olvido de sí mismo: «No tengáis más enojo: tened confianza en Dios y en San Blas. Vuestra hija sanará sin médicos y sin instrumentos cortantes. Llevadla con tres ofrendas á la iglesia de este Santo: él es mucho mejor médico que todos los de la tierra». Obedeció Margarita inmediatamente, y llevó su niña á la iglesia de San Blas, con las ofrendas prescritas por nuestro Santo: un cirio, un huevo y un denario. A su vuelta al monasterio hizo el Taumaturgo de Tolentino la señal de la cruz sobre Francisca, y añadió: «Volveos ahora mismo á vuestra casa, y no temáis más por vuestra hija; con la ayuda de Dios y de San Blas alcanzará la salud». Esto tenía lugar al caer la tarde. Al otro día por la mañana levantóse la niña completamente curada, y sin señal ninguna de haber tenido tumor (1).

(1) Eatis, fratres mei ad visitandam Dominam Margaritam, quæ tantum mihi servivit et servit et stat in tanto dolore pro infirmitate filiæ suæ, et confortetis eam... Redite ad eam et dicatis ex parte mea, quod si possem venire ad eam, libenter venirem, sed bene scit, quod non possum ambulare, ita sum infirmus; veniat ipsa ad me et portet dictam. Ceccam filiam suam et ne facial eam tangere cum ferro aliquot... mane sequenti fuit totaliter libera. *Proceso.*

Entre los otros hijos que tuvieron todavía los piadosos Berardo y Margarita, hubo uno que llamaron Nicoluccio, ó sea Nicolasito, en memoria de su bienhechor. Este hijo, prometido por el Santo, cayó gravemente enfermo el año 1303. Al cabo de nueve días, minado por ardiente calentura, perdió el habla y quedóse privado del sentido. Tres días permaneció en este estado, haciéndose general la creencia de que no podría tardar á morir. Súpolo el Santo, y partió al momento á visitar al enfermo. «Nicolasito», exclamó varias veces, mirándolo con extrema ternura. Y como el niño no respondiese, añadió: «Vosotros véis que vuestro hijo está casi sin vida, y todos vosotros pensáis que ya está muerto. Yo quiero, sin embargo, que si él llega á sanar, como lo espero, con la ayuda de Dios y la de San Antonio, llevéis cada año á la iglesia de este santo Patrón de Tolentino una cantidad de grano igual al peso de vuestro niño. Vosotros ofreceréis, además, este hijo á San Agustín y á su Orden, para que vista el hábito de los ermitaños». Prometieron los padres cumplir las órdenes de Nicolás, y, acercándose éste al enfermo, hizo sobre él la señal de la cruz. Al punto mismo abrió Nicolasito los ojos y comenzó á hablar, pidiendo algo de beber. Había desaparecido la fiebre, é inmediatamente se levantó curado por com-

pleto. «Ya véis, les dijo entonces el santo religioso con una modestia encantadora, ya véis cómo Dios ha escuchado vuestras oraciones. ¡Comprended, por aquí, qué confianza tan grande debéis tener en los santos!» (1).

Hay que notar que, á fin de que no se le atribuyese la gloria de los milagros obrados por su intercesión, el humilde religioso discurría mil medios ingeniosos, esforzándose en atribuírselos á cualquiera otro santo. De esta manera obraba siempre, tanto en público como con sus más íntimos amigos, el que vivía abismado continuamente en Dios y olvidado de sí mismo. Considerábase á sí mismo como un gusano de la tierra, diciendo de lo íntimo de su corazón á los que acudían á él, como á Santiago Salvastri, por ejemplo, que le traía á su joven hija para que la curase: «¿Por qué acudís á mí? ¿No sabéis que yo soy un pecador?» Mas no dejó por eso de hacer el prodigio que se le pedía.

Berardo Apillaterra no había todavía agotado los beneficios con que tan pródigo se mostraba para con él su santo amigo; él debía

(1) Tribus diebus non fuit locutus et credebatur ab omnibus, quod deberet mori... videte quod iste puer quasi mortuus, et pro mortuo habetur? Volo quod si liberabitur... vide, domina, quam cito filium tuum liberavit B. Antonius, propterea habeatis fidem in sanctis. *Proceso.*

aún recibir varias otras pruebas de este afecto tan santo y tan verdadero, que se complace en hacer y recibir favores. De suerte que éste fué uno de los principales testigos que depusieron en el proceso; testigo segurísimo, que había seguido muy de cerca á Nicolás durante la permanencia de éste en Tolentino, y que había sido muy particularmente bendecido por el Santo, ya en su familia, ya en su propia persona. Véase á un mismo tiempo en el ejemplo siguiente la fidelidad del santo religioso en seguir los preceptos de su Regla y en colocar la práctica de la obediencia por encima de todos sus milagros.

Hallándose atacado Berardo desde hacía ya unos días por una tenaz calentura, fué visitado por su bienaventurado amigo, que, poniéndole la mano sobre la cabeza, lo alivió instantáneamente. Mas, apenas Nicolás hubo retirado su brazo, reprodújosele la fiebre con nueva violencia, lo que hizo que el enfermo suplicase á su compasivo amigo volviese á tocarle la frente. Accedió éste con gran sencillez, dirigiéndole al mismo tiempo palabras de consuelo. Oyéronse en este mismo instante las campanas del convento que daban el primer toque para las Vísperas, á cuyo sonido, retirando dulcemente la mano el obediente religioso, dispúsose á partir. Sintiendo entonces Berardo que volvía otra vez á re-

producírsele la calentura, rogó á su amigo se dignase permanecer en su presencia y continuar aliviándole; pero sólo consiguió una negativa. «Tengo que ir á Vísperas, dijo afectuosamente el Santo: yo no puedo permanecer más tiempo contigo. Ten confianza en Dios y ruégale que te alivie.» Alejóse Nicolás para ser, según su costumbre, el primero en el coro; pues, para él, la gran virtud del religioso consistía en la regularidad. Mas el Señor, bendiciendo esta obediencia y exactitud, permitió por el momento se retirase de Berardo la calentura, para no volver más á molestarle (7).

De modo que, por todas partes por donde pasaba el siervo de Dios, dejaba estampadas las huellas de su caridad y del poder divino, que por sus manos obraba continuamente los más admirables milagros: tanto abundan los prodigios de todo género en su santa vida, que sería imposible hacer aquí mención de todos ellos. Tenemos, por otra parte, que referir minuciosamente cómo trataba á su propia carne el que era todo compasión y dulzura para el prójimo, y de qué suerte fué pro-

(7) Oportet me redire ad vesperas; non possum stare semper tecum, conforta te et roga Deum quod juvet te... eoque postmodum recedente statim febris dimisit eum et non habuit plus. *Proceso.*

bado por las tentaciones y el espíritu maligno. Dios lo permitió así, á fin de glorificar á su fiel siervo y dar al mundo, en su persona, un tipo acabado y perfecto de la más encumbrada santidad.